El hotel

María Navarro

Image not found.

Capítulo 1

EL RECEPCIONISTA

Cada día los veo llegar. Familias, solteros, casados, amantes, juerguistas. A veces vienen de vacaciones. Otras, por viaje de negocios y en alguna ocasión para ocultarse. Les recibo amablemente, les tomo los datos y les doy la bienvenida al hotel. Una vez se los lleva el botones, apunto sus nombres y número de habitación en mi lista personal. Quizá cuando no estén explore sus vidas a través del contenido de sus maletas. Todo sin dejar rastro. Me gusta tenerlos al otro lado del mostrador y conocer qué hacen en la intimidad de su alcoba sin que ellos lo sepan. Me hace sentir superior.

Capítulo 2

EL BOTONES

Este oficio ya no es lo que era. Y doy gracias. Las ruedas de las maletas me facilitan bastante el trabajo, así no tengo que castigarme en el gimnasio para desarrollar unos músculos exagerados que me permitan cargar con ellas. Si ensanchase, tendría que cambiar de uniforme. Quién sabe si no me darían uno que dejara a la vista mis tatuajes. Si descubrieran lo que llevo dibujado en mis brazos y espalda me echarían, aunque supongo que saben de qué pie cojeo. No hay más que ver mi cabeza rapada y mi trato hacia cierto tipo de clientes.

Capítulo 3

LA SEÑORA DE LA LIMPIEZA

Cada quince días tengo ropa nueva. Nueva para mí, claro. No me importa que se la hayan puesto ellas antes. Un par de lavados y listo. Aunque no siempre encuentro mi talla, hasta ahora he conseguido prendas bastante monas. Como aquel vestido de seda japonesa o ese pañuelo comprado en la India. Me encanta mi trabajo, da igual que me miren por encima del hombro. Estoy segura de que no hay nadie en este hotel que tenga souvenirs de todas las partes del mundo sin haber salido de este pueblucho. El secreto está en hacerlo con discreción.

Capítulo 4

LA COCINERA

Oler a limpio. Solo pienso en eso, en oler a limpio. Desde el alba hasta que se apaga el sol delante de los fogones acaba por dejarle a una un aroma a aceite reutilizado, a mezcla de carnes y merluza recién sacada del mar. Si quisiera desprender mal olor hubiera decidido trabajar en un estercolero. Nadie en la escuela de hostelería me habló de los efectos secundarios de la profesión. Te lo pintan tan bonito: uniforme blanco, sin una sola mancha, cocinas impolutas sin rastro de grasa. Qué mentira más grande. Lo que peor llevo es lo del pelo. Las altas temperaturas y los vapores de los guisos me lo están estropeando. Está tan débil que se cae a mechones, a veces incluso dentro de los pucheros. No sé cómo no se ha quejado ningún huésped todavía.

Capítulo 5

EL CAMARERO

Siempre hay alguna que pica. Es lo que tiene ser guapo y simpático, que vuelves locas a las mujeres. Solo hay que guiñar el ojo, invitarla a una copa y dejar que el alcohol haga el resto. Me he ligado a cientos de clientas. Las que más me gustan son las recién casadas, esas que vienen al hotel a celebrar su luna de miel y hacen malabares para dejar a su nuevo marido viendo el fútbol para venirse conmigo. Al principio todas se resisten, pero acaban cayendo. Soy el rey de las nenas y el colega de sus esposos. Hacemos tan buenas migas que cuando termina su estancia en el hotel me dejan su número de teléfono para futuras visitas. Esas son las veces en las que sonrío y por dentro pienso: ¡Me he tirado a tu mujer!

Capítulo 6

EL JARDINERO

Otro más. Y con esto ya van cien. Aún no veo el día en que deje de enterrar gatos entre los rosales. Me dan mucha pena, sobre todo cuando se resisten a morir. Con los pequeños no hay problema, todos en una bolsa y hasta que dejen de respirar. Pero con los grandes... Los más peleones se los paso a las cocinera. No es la primera vez que los ha servido como si fuera conejo. Menos mal que todas estas cosas quedan entre nosotros. Nadie imaginaría pasar las vacaciones en el paraíso y descubrir que le dan gato por liebre.

Capítulo 7

EL CLIENTE

El año que viene repetimos. Este hotel es el mejor en el que hemos estado en mucho tiempo. Jamás habíamos encontrado un recepcionista que se supiera de memoria nuestro número de habitación y que nos tratara de manera tan personal, como si nos conociera. Tampoco habíamos dado con un botones tan correcto, que, por no molestar, apenas abre la boca. El servicio de limpieza es excelente, por no hablar de comida. Todavía recuerdo el sabor de aquel guiso casero de conejo con arroz. Hasta mi mujer, que siempre pone pegas a todo, quiere que volvamos. Nunca la había visto tan feliz. Dice que estar sentada en el bar contemplando las rosas del jardín le ayuda a desconectar. Esto sí que han sido unas vacaciones.